

La feminización de la migración

Zuhal Yeşilyurt Gündüz

*Aunque está bien pagado, la cantidad de trabajo te hunde...
Además, [es] muy deprimente. Lo único que puedes hacer es
darle todo tu amor [al niño americano de dos años]. A falta de mis hijos,
lo máximo que puedo hacer en mi situación es darle todo mi amor a ese Niño.*

VICKY DIAZ.

Trabajadora doméstica de Beverly Hills
que tuvo que dejar a sus hijos en su país de origen¹

*Vivo aquí en este bostal, y las clases están bien,
pero no puedo hablar con mi madre. No le puedo contar nada.
No puedo verle la cara. No la puedo abrazar...
Mi madre también me echa de menos. Algún día se retirará,
pero ¿cuántos años tendré yo entonces?*

PRIYA, KERALIAN.

Estudiante universitaria de Kerala (India)
cuya madre es trabajadora doméstica migrante²

• Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 65, nº 7, diciembre de 2013, pp. 32-43. Traducción de Sandra Ezquerra. Zuhal Yeşilyurt Gündüz es profesora agregada del Departamento de Relaciones Internacionales de la TED University en Ankara, Turquía.

Migración, cuidados, fuga de cuidados y cadenas de cuidados

La historia de la migración es tan antigua como la historia de la humanidad. Desde el principio, los seres humanos han migrado para construirse una nueva existencia más esperanzadora en algún otro lugar. En la actualidad, las personas migrantes suelen abandonar sus países como consecuencia de guerras, de la represión política o de la pobreza severa. Stephen Castles y Mark J. Miller escriben que «la migración se ha convertido en una solución privada a un problema público».³ La migración laboral, por otro lado, se asocia a toda una serie de problemas adicionales a los que los trabajadores se encuentran sujetos.

Los empleadores, las agencias de reclutamiento —así como los Estados emisores y los receptores— se benefician del duro trabajo de las personas migrantes y de sus contribuciones. Para los países emisores, la migración es una política de desarrollo y de crecimiento con buenos resultados. No solo contribuye a disminuir las tasas de desempleo, sino que también proporciona remesas. Algunos Estados venden la imagen de las mujeres migrantes alabándolas como a «héroes económicos» que no solo se sacrifican por sus familias, sino también por la nación».⁴ Los países receptores también se benefician enormemente de la disponibilidad del trabajo a bajo coste de las personas migrantes. Estos Estados son capaces a su vez de reducir la escasez de mano de obra en sectores como la tecnología de la información o la salud y los cuidados domésticos, y proporcionan a sus clases medias y altas la posibilidad de acceder a cuidados para la infancia o las personas mayores como una suerte de recompensa por la reducción del Estado de bienestar. También se benefician de la fuga de cerebros de las naciones emisoras: la extracción de profesionales altamente formados en sus países de origen, donde recibieron su educación, hacia los países económicamente desarrollados. Y por descontado, aprovechando la disponibilidad de cuidadoras migrantes, las

familias relativamente privilegiadas de los países ricos pueden obtener una calidad de vida más alta.

El número sorprendentemente alto de mujeres que migran constituye una nueva tendencia global. En el pasado, eran sobre todo los hombres los que se iban a países lejanos; las mujeres los seguían. En los últimos veinte años, sin embargo, esto ha cambiado tanto que en la actualidad más de la mitad del total de las personas migrantes son mujeres. Las mujeres migrantes, además, se han convertido en las principales o únicas sustentadoras de sus familias. Saskia Sassen lo llama la «feminización de la supervivencia»: las sociedades, los gobiernos y los Estados dependen cada vez más del trabajo de las mujeres en el mercado laboral. De este modo, las condiciones de trabajo y supervivencia recaen de manera creciente sobre las espaldas de mujeres pobremente remuneradas, desposeídas y explotadas.⁵

Los principales motores tras la «feminización de la migración» son tendencias sociales y demográficas globales presentes en los países desarrollados, como el envejecimiento de las poblaciones en general y de las personas mayores en particular, así como el aumento del número de mujeres con trabajo remunerado (más del 50% en total, y cerca del 70% en algunos países desarrollados). Todo ello contribuye al aumento de la demanda de «trabajo de cuidados», en sectores como la salud, la enfermería, los servicios de restauración, hoteles, el trabajo doméstico y el cuidado de la infancia, las personas mayores o los enfermos. Los trabajos de cuidados —llamados también trabajos íntimos— incluyen el cuidado y la atención de la infancia, de las personas enfermas o de las personas mayores, así como el trabajo doméstico y de mantenimiento de los hogares.⁶ Es simultáneamente público y privado, con lo que rompe, así pues, la dicotomía entre ambas esferas.

Selmin Kaşka detalla cinco factores que provocan el aumento de la demanda de trabajo doméstico en el plano global: (1) en numerosos

Estados europeos, las políticas neoliberales de reducción del Estado de bienestar, incluido el recorte en la provisión de servicios públicos y gratuitos; (2) factores demográficos como el envejecimiento de la población; (3) la transformación del rol socioeconómico de las mujeres con la feminización del empleo, que comporta la necesidad de ayuda para poder gestionar al mismo tiempo la carrera profesional y la familia; (4) una mayor comercialización y mercantilización del trabajo doméstico, el cual solía ser (y a menudo todavía es) trabajo no remunerado y, cuando no lo es, casi siempre es trabajo muy pobremente retribuido, y (5) el hecho de que en algunos países, particularmente en Oriente Medio, «contratar y disponer de personas extranjeras» para el trabajo doméstico es un símbolo de estatus que muchas mujeres, se encuentren o no en el mercado laboral, desean.⁷

Los empleadores no solo buscan explícitamente a mujeres extranjeras, sino también a menudo nacionalidades específicas como las filipinas. A veces, prefieren a personas migrantes en situación irregular, ya que esto incrementa el control y el poder de los empleadores sobre ellas.⁸

A lo largo y ancho del planeta se puede encontrar a trabajadoras domésticas extranjeras en todo tipo de hogares relativamente privilegiados: en las casas de familias de clase media-alta o superior; en hogares de personas solteras y familias unimarentales o uniparentales, y en las casas de personas mayores o enfermas. Las trabajadoras migrantes llevan a cabo lo que Bridget Anderson denomina, en inglés, las «tres Cs: limpiar (*cleaning*), cocinar (*cooking*), cuidar (*caring*)».⁹ El trabajo doméstico puede dividirse en «práctico», orientado a la ejecución, y «social», orientado a las diversas formas de cuidados. El primero requiere que alguien se «cuide de», e incluye tareas como cocinar, lavar y limpiar, mientras que el segundo consiste en «cuidar a» y abarca cuidados y amor en tanto que trabajo emocional. Este trabajo emocional requiere implicación afectiva y no puede realizarse sin afecto ni cariño. Las trabajadoras que prestan

cuidados mejoran la calidad de vida del hogar y transfieren a sus empleadores un superávit emocional.¹⁰

El mercado de trabajo transnacional ha generado una nueva tendencia «a medida que las mujeres que cuidan de los jóvenes, los mayores y los enfermos en sus propios países pobres pasan a cuidar de los jóvenes, los mayores y los enfermos en países ricos, bien como criadas o niñeras o como cuidadoras a domicilio o en residencias. Es la fuga de cuidados». ¹¹ La fuga de cuidados, con su «importación de cuidados y amor de los países pobres a los ricos»¹² lleva a una redistribución, e incluso una mala distribución, global de la fuerza de trabajo de cuidados de las mujeres, ya que ahora lo que los Estados ricos poseen en gran cantidad, particularmente entre sus sectores más privilegiados, está ausente en gran medida en el resto de lugares.¹³ La fuga de cerebros tiene sus inconvenientes, pero la fuga de cuidados conlleva consecuencias de mayor alcance e incluso irreversibles.

Muchas mujeres migrantes, con la esperanza de mejorar el destino y la vida de sus familias, abandonan en su país a estas y a sus hijos, a veces incluso bebés, durante años. No obstante, la migración de las mujeres provoca «la distorsión y la erosión de los comunes del Tercer Mundo. En realidad, a medida que aldeas enteras [...] se ven vaciadas de madres, tías, abuelas e hijas» se produce «una desertificación de cuidadoras del Tercer Mundo y de los comunes emocionales».¹⁴

Dicho esto, las madres continúan cuidando de las familias incluso desde la distancia. Les envían dinero, regalos; escuchan a sus hijos y hablan con ellos por teléfono, y continúan realizando trabajo de cuidados. Sin embargo, como con eso no basta, es preciso que intervengan otras personas. Rhacel Salazar Parreñas subraya que, cuando los maridos migran, las mujeres adoptan el rol de madre y padre. Pero cuando son las esposas las que migran, los padres a menudo dan un paso atrás y dejan que sean las parientes femeninas las que cuiden de los niños. De este

modo, Parreñas invita a los maridos de mujeres migrantes a abandonar sus roles de género patriarcales tradicionales y asumir la responsabilidad de los hijos y el hogar.¹⁵

Aun así, si no lo hacen, otras mujeres ocupan su lugar y realizan sus tareas: abuelas, tías, primas, e incluso niñeras. Así, las mujeres migrantes que trabajan en los hogares y cuidan de niños en países afluentes a veces contratan a niñeras para sus propios hogares en países pobres. Esas niñeras, a su vez, dejan a sus propios hijos al cuidado y el amparo de otras mujeres. De esta forma, se están creando cadenas internacionales de cuidadoras en el Sur global y el Norte global que son redes transnacionales que permiten la reproducción de la vida cotidiana.¹⁶

Las cadenas de cuidados incluyen toda una «serie de vínculos personales entre gente en todo el planeta basados en el trabajo de cuidado remunerado o no remunerado» y donde cada cuidadora depende del trabajo de otra cuidadora.¹⁷ El resultado es la «globalización del ejercicio de la maternidad».¹⁸ La mercantilización de los cuidados conecta a las mujeres por el género, pero las divide por raza, clase y etnicidad. Con esta mercantilización, el ya reducido valor que normalmente se atribuye al trabajo reproductivo mengua aún más. Barbara Katz-Rothman escribe: «cuando lo realizan las madres, lo llamamos ejercicio de la maternidad [...] cuando lo llevan a cabo manos contratadas, lo llamamos trabajo de baja cualificación».¹⁹ Si bien el cuidado es un trabajo socioemocional que debería resultar costoso —las trabajadoras domésticas cuidan de las personas más queridas para sus empleadores: de hijos, padres, hogares, y lo hacen con afecto—, un trabajo tan difícil queda devaluado y se obtiene a bajo precio.

Las cuidadoras ya realizaban tareas de cuidados en sus propios países sin obtener por ello ninguna remuneración. Ahora llevan a cabo un trabajo similar en países desarrollados a cambio de salarios bajos, aunque estos sean más altos que los disponibles en su lugar de origen.

Algunos Estados, como el de las Filipinas o el de Sri Lanka, incluso fomentan la migración femenina facilitando el acceso a los permisos o la documentación legal exigida o prestándole apoyo institucional; por ejemplo, con un curso de seis meses en la Universidad Femenina de las Filipinas se obtiene un diploma en trabajos domésticos. Solo en las Filipinas hay más de 1.200 agencias que encuentran trabajadoras domésticas «apropiadas» para familias adineradas del Primer Mundo.²⁰

La vida como trabajadoras del cuidado en los hogares

En todo tipo de grupos sociales, es preciso organizar, llevar a cabo y prestar cuidados, ya que «la vida humana tal y como la conocemos sería inconcebible sin las relaciones de cuidado».²¹ En casos de deficiencia o perturbación de las actividades y las relaciones de cuidado, peligra el bienestar humano.²²

En algunos casos las trabajadoras del cuidado se ven forzadas a co-residir en las casas de los empleadores ricos para garantizar la disponibilidad las 24 horas del día. Esto, sin embargo, las aísla del mundo exterior y les hace casi imposible la socialización y la integración en la nueva sociedad. En muchos casos la relación entre la familia contratante y la trabajadora doméstica puede asemejarse a la relación entre «señor y sirvienta», lo que representa una infamia para los derechos humanos, el talento y las competencias de las personas migrantes. Independientemente de su trayectoria educativa y sus competencias, para estas mujeres deviene prácticamente imposible cualquier cambio de ocupación y cualquier ascenso en la escala profesional.²³

Todavía más perjudicial resulta el hecho de que la cohabitación despoja a las trabajadoras domésticas de su capacidad de respuesta en caso de discriminación, explotación y abuso, incluidos la reclusión, la violencia, el acoso sexual y/o la violación.²⁴ La retirada de documentos

legales, la remuneración insuficiente o inexistente, así como el no reconocimiento de los tiempos de descanso (ni siquiera bajas por enfermedad) o del pago de horas extras, son más la regla que la excepción. Dada la naturaleza privada de los hogares, resulta prácticamente imposible localizar a las mujeres en peligro de esclavización. El hecho de que numerosas trabajadoras migrantes trabajen sin tener permiso de residencia o de trabajo hace que el miedo a la deportación agrave su situación y dificulte aún más la actuación contra los culpables.

Lidiar con la migración

Las mujeres migrantes se encuentran en una situación paradójica. Por un lado, sus países de origen las alaban en tanto que «héroas» que aportan remesas y contribuyen al desarrollo y el crecimiento. Sus maridos y familias las celebran, ya que ahora se pueden permitir vivir mejor que nunca (comida sana y de calidad, escuelas privadas, juguetes, mejores casas, etc.). Sus empleadores en el Norte acaudalado a veces les tienen estima, ya que son conscientes de la creciente necesidad de trabajos de cuidado. Por otro lado, esas mismas mujeres migrantes son también objeto de críticas y condenas. En muchas ocasiones, los hijos desaprueban a sus madres y expresan sentimientos negativos hacia ellas. Continúan preguntándose —incluso años después de que el proceso migratorio haya finalizado y la familia se haya reunido de nuevo— si realmente sus madres tenían que «irse», por qué los abandonaron, si había alternativas a dejar a los hijos atrás. Los vecinos critican a las mujeres migrantes, sobre todo cuanto mayor es la riqueza que obtienen sus familias, por lo «materialistas» que son las mujeres que se van. Después de todo, dicen subrepticamente, han sido capaces de abandonar a sus hijos y maridos solo por ganar *dinero*. Y muy a menudo es eso mismo lo que piensan y creen las propias mujeres migrantes. Así, las mujeres migrantes se someten a cons-

tantes autocríticas y a una constante autorreflexión, a las cuales han de hacer frente.²⁵

Otro problema, a menudo ignorado, son las contradicciones existentes en las posiciones de clase de las mujeres migrantes. La mayoría de ellas han recibido educación superior y poseen calificaciones académicas. Muchas han trabajado en empleos que, aunque infrarremunerados, son de clase media. La migración cambia todo esto por un empleo en un país rico que proporcionará ingresos mucho más elevados a las migrantes y a sus familias en sus países, pero que lleva adscrito un estatus inferior y se considera de baja cualificación y de fácil ejecución. Así pues, el cambio comporta un descenso social, ya que el trabajo de cuidado está devaluado, pero también un ascenso, ya que el nuevo empleo produce un salario más alto y, por lo tanto, también una mejora social.²⁶

Millones de hijos de migrantes se ven también afectados. Una generación entera de niños ha crecido sin tener al lado a sus madres. Las consecuencias de los largos periodos de separación, sobre todo en las edades más tempranas, pueden ser devastadoras. Otro aspecto negativo es que las relaciones madre-hijo/hijos dejan de basarse en el cuidado directo y se transforman en «cuidado a través del dinero». Podemos llamarlo la «mercantilización de la maternidad».²⁷ Si bien las madres realizan enormes sacrificios por sus hijos, la confianza en las relaciones madre-hijo se erosiona y los hijos a menudo tienen dudas sobre qué ha sido lo que ha empujado a sus madres a irse.

Algunos estudios muestran que los hijos de migrantes se ponen enfermos más a menudo que otros niños; sienten resentimiento, desconcierto e indiferencia más a menudo que los amigos que viven con sus madres. Cabe señalar que aquí «lo que opera es la injusticia, que conecta la privación emocional de esos niños con el exceso de afecto de que disfrutaban sus homólogos del Primer Mundo».²⁸ Tiempo, energía, cordialidad y vigor —aunque también cuidados, afecto, cariño y, sí, amor— se

redirigen de los hijos de las mujeres migrantes hacia los hijos de sus empleadores, quienes aparentemente lo tienen todo: buenos juguetes y grandes habitaciones, ropa de moda y buenos colegios, niñeras que los cuidan y padres que los adoran. Estos niños tienen todo el amor y el afecto gratuitos que sus padres y sus familias están dispuestos a darles, además del amor y el cariño comprados de sus niñeras. Todo esto, por supuesto, es un espejismo, ya que los hijos de los ricos también sufren una especie de privación emocional en tanto que el auténtico cariño no se puede comprar ni pagar por él. Aun así, aquello a lo que solo con dificultad pueden acceder los pobres, ubicados de manera desproporcionada en una parte del globo, está disponible en mucha mayor abundancia para los ricos, ubicados también desproporcionadamente en otra parte del globo.

Una mirada feminista a los trabajos de cuidado

Desde el punto de vista de las mujeres de clase media de los Estados desarrollados, la «liberación» del trabajo doméstico no remunerado es una aspiración atractiva y comprensible. Pese a que la tecnología ha aligerado la mayoría de las tareas domésticas, el total de horas de trabajo doméstico no ha disminuido para las mujeres ni se ha compartido de manera equitativa con los hombres. Así pues, las mujeres siguen sin emanciparse del trabajo doméstico, lo que hace que la ayuda doméstica resulte atractiva, sobre todo para quienes tienen empleos exigentes, con responsabilidades administrativas y largas jornadas.²⁹ El trabajo por salarios bajos de las trabajadoras domésticas extranjeras cambia la situación.

Las profesionales de las clases medias-altas que se lo pueden permitir «utilizan su privilegio de clase para comprar la salida de la subordinación de género», en su caso, mediante la contratación de trabajadoras domésticas extranjeras.³⁰ Al hacerlo, se emancipan del trabajo doméstico

y de cuidados. Sin embargo, la creciente distancia entre Norte y Sur y el aumento de la pobreza en el Sur global hacen que las mujeres migrantes que asumen el trabajo de cuidados tengan pocas opciones si desean mejorar el bienestar económico de sus familias y garantizar su supervivencia. Así pues, parece que las mujeres emancipadas muestran su consentimiento con esta división jerárquica desigual del trabajo, marcada por el género (la dicotomía entre lo público/masculino y lo privado/femenino), y la vinculan a una división global racista del trabajo entre mujeres.³¹

Polly Toynbee lo evalúa críticamente: «Solo ha sido posible escapar de la esclavitud doméstica traspasándosela a otro grupo de mujeres oprimidas. Batallones de mujeres con bajos salarios [...] han asumido las obligaciones domésticas, junto con las sucias tareas de limpieza, rechazadas por mujeres profesionales que han huido del hogar. La liberación de las mujeres que han logrado romper los techos de cristal para volar más alto solo ha sido posible gracias a toda una flota de mujeres invisibles e inaudibles».³² Parreñas lo llama la «división internacional del trabajo reproductivo [...] moldeada simultáneamente por el capitalismo global, la desigualdad de género en el país emisor y la desigualdad de género en el país receptor».³³

Como el trabajo reproductivo y de cuidados continúa en manos femeninas —ya no en manos de mujeres intelectuales y en ocasiones incluso bastante liberadas, sino que esta vez en manos de una mujer étnicamente y socialmente «otra», encargada del trabajo reproductivo en que se sustenta la vida y de los cuidados—, el incremento de la participación de mujeres en el trabajo remunerado no ha logrado transformar los roles de género que vinculan a las mujeres con el trabajo de cuidados.³⁴ En consecuencia, «a pesar de la mayor feminización del empleo en general, no ha disminuido la feminización del trabajo reproductivo [o sea, las diversas formas de cuidados]».³⁵

Arlie Hochschild nos advierte de otro aspecto del problema. En el mundo desarrollado, las mujeres profesionales con empleos administrativos y ejecutivos de elevada exigencia se ven obligadas a trabajar según las normas capitalistas: largas jornadas, exceso de trabajo, duras condiciones, competencia hostil; además, por supuesto, de la obligación de minimizar cualquier obstrucción al trabajo, incluidas las tareas familiares o el tiempo dedicado a esta, ya que el empleo es lo primero, siempre y en todo momento. Esto es el capitalismo agresivo. De ahí la necesidad de la entrada en escena de una «industria del cuidado» que ayude con todo ello.³⁶

No es extraño que las mujeres de clase media-alta o las profesionales técnicas del Norte global trabajen largas jornadas en empleos estresantes mientras sus cuidadoras domésticas sufren una sobrecarga similar de trabajo, por supuesto, bajo condiciones aún más opresivas. Según Hochschild: « Que dos mujeres trabajen por un salario no es mala idea. Pero que dos madres trabajadoras lo den todo por el trabajo es una buena idea echada a perder. En última instancia, tanto las mujeres del Primer Mundo como las del Tercero son pequeñas jugadoras en un juego económico mayor cuyas reglas no han escrito ellas». ³⁷ Claro está que, en medio de todo ello, no deberíamos olvidar que también hay mujeres de la clase capitalista que, a pesar de que no necesitan trabajar en absoluto, es más probable que contraten a trabajadoras domésticas que sus homólogas de clase media-alta, sencillamente porque su enorme fortuna así se lo permite.

El cuidado en el mundo neoliberal

Con la continuación de la neoliberalización y el incremento de las desigualdades Norte-Sur, no resulta complicado predecir un aumento en la fuga de cuidados. Visto desde esta perspectiva, apenas es posible considerar el cuidado como un tema «privado»: el cuidado es sin ninguna duda

un tema político global. Es más, Fiona Robinson afirma que «las decisiones relacionadas con la prestación y la distribución de los cuidados poseen un profundo significado moral en tanto que son centrales para la supervivencia y la seguridad de las personas en todo el mundo».³⁸ En el plano global, las relaciones de cuidado son «construidas por relaciones de poder determinadas principalmente por el género, la clase y la raza. Estas son, a su vez, estructuradas por los discursos y la realidad material de la globalización neoliberal y por las relaciones históricas y contemporáneas de colonialismo y neocolonialismo».³⁹ De este modo, las consecuencias negativas del capitalismo neoliberal deben formar parte de los debates sobre las trabajadoras domésticas migrantes y su trabajo.

Si bien numerosos países europeos ofrecían en el pasado servicios de bienestar, durante las dos últimas décadas la mayoría de ellos han recortado el Estado de bienestar y han impuesto a sus poblaciones nacionales una austeridad cada vez más severa. Lo han hecho de diversas maneras: restringiendo el derecho a prestaciones sociales y la cantidad de estas; aumentando el coste de lo que solían ser servicios gratuitos, y privatizando la responsabilidad del Estado por la seguridad social.⁴⁰ A medida que el Estado retira las subvenciones a los centros de cuidado y sanitarios, las familias asumen la responsabilidad de los crecientes costes de las tareas de cuidado. Así, la privatización de servicios que antes prestaba el Estado ha provocado la erosión de los apoyos al cuidado a favor de la dependencia del mercado.⁴¹ Cada vez más, el mercado vende trabajos de cuidado a cualquiera, a condición de que los potenciales compradores tengan los medios o el dinero suficientes. No obstante, el mercado no ha llevado a cabo dicho proceso de privatización con trabajo legalizado únicamente. Es un hecho bien conocido que las «economías europeas llevan tiempo beneficiándose y, en la práctica, tolerando el trabajo ilícito que realizan los migrantes ilegales en [...] el sector de restauración, la limpieza doméstica y el cuidado privado de personas mayores».⁴² Y «el sistema es ilegal pero funciona. Si no fuera por las mujeres [migrantes], la

mayoría de las cuales trabajan de manera ilegal, la atención doméstica entraría en colapso. Es por ello por lo que, de manera más o menos tácita, se lo tolera». ⁴³

La realidad de las trabajadoras domésticas pone de manifiesto la feminización de la migración y la globalización del mercado de trabajo internacional. Las relaciones de explotación y dependencia pasan del terreno nacional al internacional; la cuestión doméstica se amplía hasta dejar de ser una cuestión de clase y convertirse en un fenómeno étnico e internacional. ⁴⁴ En el mundo occidental, el trabajo reproductivo está pasando de las mujeres locales a las mujeres migrantes. Las desigualdades entre ambas mujeres son cada vez más profundas, a la vez que se refuerzan los sistemas de estratificación global y se expande la distancia entre los pudientes y los desposeídos en los países desarrollados, así como entre los países pobres y ricos. ⁴⁵ En consecuencia, es necesario evaluar críticamente los modelos de desarrollo impuestos por el Banco Mundial y el FMI basados en el «crecimiento» y en ajustes de cinturón que han obligado a maestras, abogadas, médicos y otras profesionales formadas, pero desempleadas o empobrecidas, a convertirse en trabajadoras domésticas, criadas, enfermeras o niñeras en los países desarrollados. ⁴⁶

Las cadenas de cuidados comportan una transferencia de comunes socioemocionales, en una situación en la que la sociedad receptora en su conjunto se beneficia de la extracción de capital socioemocional del Sur global. ⁴⁷ Así, las cadenas de cuidado son el reflejo de una relación colonial: en el pasado, los poderes imperiales robaban mediante la coerción, la fuerza y el asesinato las preciadas materias primas de África y Asia. El colonialismo moderno se apropia del bien social (los comunes) del trabajo emocional. Esto es lo que Arlie Hochschild denomina «el nuevo imperialismo emocional». ⁴⁸

Mientras que el «viejo» colonialismo era/es abiertamente brutal y un imperialismo centrado en los varones, el colonialismo moderno es en

este caso menos atroz, pero bajo ningún concepto se encuentra exento de coerción. Está centrado en las mujeres, ya que el amor y el cuidado, indispensables para la realización del trabajo reproductivo, se han convertido en el «nuevo oro».⁴⁹ Sin embargo, igual que el resto de formas adoptadas por el imperialismo, es también preciso condenar este nuevo imperialismo emocional. Aparentemente, son las propias mujeres migrantes las que deciden marcharse. Sin embargo, están sometidas a la coerción de presiones y cargas económicas que las obligan a tomar decisiones tan difíciles como esa. La continuidad de las desigualdades entre el Norte y el Sur global es en sí misma una forma de coerción, violencia, opresión y crueldad. Es por ello que no se puede considerar la decisión de migrar como una decisión basada en el «libre albedrío».⁵⁰

Fiona Robinson resalta que la dependencia del Norte global con respecto al Sur global para la provisión de trabajo de cuidados —un trabajo reproductivo y unas tareas que son el sostén de la vida— está aumentando rápidamente. De hecho, esto contradice las ideas conservadoras sobre la «dependencia» del Sur global que imperan en el Norte.⁵¹ Es más, las trabajadoras domésticas migrantes son el sostén de un elemento significativo de la infraestructura local, nacional e incluso internacional. A pesar de que ni el trabajo doméstico ni las trabajadoras domésticas suelen incluirse en los análisis de la economía global, en realidad son un componente significativo de ésta. Así, el poder de las trabajadoras domésticas migrantes es mucho mayor de lo que la mayoría de ellas creen: si las trabajadoras domésticas de un área metropolitana aburguesada, por ejemplo del sur de Manhattan, se declararan en huelga durante un día o más, trastornarían todas las zonas de la ciudad y «la economía urbana se vería paralizada».⁵²

De este modo, independientemente de los muchos problemas y la vulnerabilidad a los que han de hacer frente las trabajadoras domésticas migrantes, su fortaleza, su coraje y su determinación para superar las dificultades, para utilizar su talento como cuidadoras y para trabajar duro

en aras de garantizar y hacer posible la supervivencia y la mejora de sus familias y sociedades de origen merecen visibilidad y respeto. Las trabajadoras domésticas migrantes no son solo víctimas en esta dura economía global, sino que son también agentes activos en busca de un futuro mejor para sus familias y para sí mismas. Su experiencia representa una vigorosa lucha contra las privaciones y los obstáculos económicos y sociales.⁵³ Michelle Bachelet, Directora Ejecutiva de UN Women, alaba «la flexibilidad y la determinación de estas mujeres para encontrar maneras de sobrevivir e incluso de prosperar».⁵⁴

Lo que queda pendiente es una evaluación crítica del sistema capitalista global que obliga a las madres a dejar a sus propias familias y cuidar de otras con el objetivo de sacarlas adelante en el marco de una economía de consumo, en lugar de quedarse en su país y trabajar para sus propias comunidades. Los modelos de crecimiento impuestos a los países en vías de desarrollo por el FMI y el Banco Mundial solo han contribuido a deteriorar aún más la situación. En el Norte global, resulta igualmente necesario criticar un sistema imperialista en el que una minoría sustancial de individuos de las clases medias-altas (y altas), relativamente adinerados, consiguen aprovecharse del sistema de trabajo migrante extranjero para emplear el trabajo mal remunerado de otros (a quienes introducen en su esfera doméstica para que llenen el vacío de cuidados que no es más que la contrapartida natural del estilo de vida de los profesionales adinerados y las clases altas). Como señala Hochschild, lo que complica aún más el asunto es que muchas mujeres (y hombres) profesionales pueden encontrarse en una situación laboral en la que sienten que tampoco ellos tienen otra opción, aunque sus condiciones apenas puedan compararse con las de las trabajadoras domésticas extranjeras a las que emplean.

Una de las deficiencias más importantes a las que se enfrentan las trabajadoras domésticas migrantes es el derecho a recibir atención, es decir, el derecho a recibir ellas mismas cuidados, además del derecho a

cuidar de sus propias familias. Las personas migrantes deberían tener derecho a una vida en familia y a volver a estar con sus hijos. Si las familias vuelven a estar unidas, las cadenas transnacionales de cuidado disminuirán o incluso desaparecerán. Ello requeriría cambios sociopolíticos y reformas en el trabajo de cuidados. Entre los cambios de mayor calibre podrían incluirse prestaciones públicas para los hogares, la profesionalización del trabajo de cuidados, el aumento de su estatus social y la legalización de las trabajadoras migrantes; todos ellos serían pasos en la dirección correcta.⁵⁵ En última instancia, es preciso reemplazar el actual sistema patriarcal de explotación, la desigualdad racial, el capitalismo y el imperialismo. Pero como primer paso mínimo e inmediato, es necesario luchar para garantizar el derecho de los hijos, en cualquier situación, a estar con sus madres (sin excluir por ello a los padres) para que puedan disfrutar de nuevo de una vida de familia aun cuando sus madres trabajen.⁵⁶

Notas

1. Rhacel Parreñas, *Servants of Globalization: Women, Migration, and Domestic Work*, Stanford University Press, Standford, 2001, P. 87.
2. Lise Isaksen, Uma Dave y Arlie Hochschild, «Global Care Crisis: Mother and Child's-eye View», *Sociologia, Problemas e Práticas*, n° 56, enero de 2008, p. 67.
3. Arlie Russell Hochschild, «Love and gold», *The Scholar & Feminist Online*, vol. 8, n° 1, otoño de 2009, <http://sfonline.barnard.edu>.
4. Annelies Moors, citada en Selmin Kaska, *The New International Migration and Migrant Women in Turkey: The Case of Moldovan Domestic Workers*, MIREKOC Research Projects, 2005-2006, <http://portal.ku.edu-tr>, p. 12.
5. Saskia Sassen, «The Excesses of Globalisation and the Feminisation of Survival», *Parallax*, vol. 7, n° 1, 2001, p. 103.
6. Sonya Michel, «Beyond the Global Brain Drain: The Global Care Drain», *The Globalist*, 20 de octubre de 2010, <http://theglobalist.com>.
7. Kaşka, *The New International Migration and Migrant Women in Turkey*, p. 10.
8. Bridget Anderson, «A Very Private Business: Exploring the Demand for Migrant Domestic Workers», *European Journal of Women's Studies*, n° 14, 2007. pp. 247-264.

LA FEMINIZACIÓN DE LA MIGRACIÓN

9. Bridget Anderson, *Doing the Dirty Work? The Global Politics of Domestic Labour*, Zed Books, Londres, 2000.
10. Helma Lutz y Ewa Palenga-Möllnbeck, «Care Work Migration in Germany, Semi-Compliance and Complicity», *Social Policy and Society*, vol. 9, nº 3, julio de 2010, p. 420.
11. Arlie Russell Hochschild, «Love and Gold», en Barbara Ehrenreich y Arlie Russell Hochschild (eds.), *Global Woman. Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, Metropolitan Books, Nueva York, 2003, p. 17. (Nótese que es una versión distinta del ensayo con el mismo título aparecido en *The Scholar & Feminist Online*.)
12. Hochschild, «Love and Gold», p. 17.
13. Michel, «Beyond the Global Brain Drain».
14. Isaksen, Dave and Hochschild, «Global Care Crisis», p. 75.
15. Rhacel Salazar Parreñas, *Children of Global Migration: Transnational Families and Gendered Woes*, Stanford University Press, Palo Alto, 2005.
16. Maria Kontos, «European Policies in the Wake of the Globalisation of Care Work», *Gunda Werner Institute*, 2010, <http://gwi-boell.de>.
17. Arlie Hochschild, «The Nanny Chain», *American Prospect*, 19 de diciembre de 2001, <http://prospect.org>.
18. Parreñas, *Servants of Globalization*, p. 61.
19. Citada en Rhacel Salazar Parreñas, «Migrant Filipina Domestic Workers and the International Division of Reproductive Labor», *Gender & Society*, vol. 14, nº 4, agosto de 2000, p. 562.
20. Wolfgang Uchatius, «Das globalisierte Dienstmädchen», *Zeit Online*, 19 de agosto de 2004, <http://zeit.de>.
21. Fiona Robinson, *The Ethics of Care: A Feminist Approach to Human Security*, Temple University Press, Filadelfia, 2011, p. 2.
22. Robinson, *The Ethics of Care*, p. 11.
23. Francesca Bettio, Annamaria Simonazzi y Paula Villa, «Change in Care Regimes and Female Migration, the “Care Drain” in the Mediterranean», *Journal of European Social Policy*, vol. 16, nº 3, 2006, p. 281.
24. Michel, «Beyond the Global Brain Drain».
25. Isaksen, Dave y Hochschild, «Global Care Crisis», p. 65-66.
26. Kontos, «European Policies in the Wake of the Globalisation of Care Work».
27. Parreñas, *Servants of Globalization*.
28. Hochschild, «Love and Gold», p. 22.
29. Christine E. Bose, «The Interconnections of Paid and Unpaid Domestic Work», *The Scholar & Feminist Online*, vol. 8, nº 1, otoño de 2009, <http://sfonline.barnard.edu>.
30. Rhacel Salazar Parreñas, «Migrant Filipina Domestic Workers and the International Division of Reproductive Labor», *Gender & Society*, vol. 14, nº 4, agosto de 2000, p. 562.
31. Alexandra Harstall, «Das Dienstmädchen kehrt zurück», *Globalisierung, Migration und Zukunft*, 10 de septiembre de 2005, <http://glow-boell.de>.
32. Polly Toynebee, «Mothers for Sale», *Guardian*, 19 de julio de 2003, <http://guardian.co.uk>.
33. Parreñas, «Migrant Filipina Domestic Workers and the International Division of Reproductive Labor», p. 569.
34. Helma Lutz, «Transnationale Dienstleistungen im Haushalt. Migrantinnen als Dienstmäd-

- chen in der globalisierten Welt», *Bund demokratischer Wissenschaftlerinnen und Wissenschaftler*, 15 de septiembre de 2006, <http://bdwi.de>.
35. Annelies Cooper, «Disempowered Heroes, Political Agency of Foreign Domestic Workers in East and Southeast Asia», *e-International Relations*, 6 de julio de 2011, <http://e-ir.info>.
 36. Hochschild, «Love and Gold», p. 20.
 37. Hochschild, «Love and Gold», p. 20.
 38. Robinson, *The Ethics of Care*, 3, p. 3.
 39. Robinson, *The Ethics of Care*, 3, p. 5.
 40. Bruno Palier, «Is There a Social Route to Welfare Reforms in Europe?», presentado en el encuentro anual de la American Political Science Association, Filadelfia, 2006, <http://citation.allacademic.com>, pp. 4-7.
 41. Helma Lutz, «Intime Fremde: Migrantinnen als Haushaltsarbeiterinnen in Westeuropa», *Eurozine*, 31 de agosto de 2007, <http://eurozine.com>.
 42. Stephanie Zeiler, «EU Makes Africa its Deputy Sheriff: EU Migration Policy», *Quantara.de – Dialogue With the Islamic World*, 30 de noviembre de 2007, quantara.de.
 43. Bernd Kastner citado en Lutz y Palenga-Möllnbeck, «Care work Migration in Germany, Semi-Compliance and Complicity», p. 427.
 44. Alexandra Harstall, «Das Dienstmädchen kehrt zurück».
 45. Bose, «The Interconnections of Paid and Unpaid Domestic Work».
 46. Robin Broad, «Book Review- Global Women, Nannies, Maid, and Sex Workers in the New Economy», *YES! Magazine*, 18 de julio de 2004, <http://yesmagazine.org>.
 47. Kontos, «European Policies in the Wake of the Globalisation of Care Work».
 48. Hochschild, «Love and Gold», p. 27.
 49. Hochschild, «Love and Gold», p. 26.
 50. Hochschild, «Love and Gold», p. 27.
 51. Robinson, *The Ethics of Care*, p. 10.
 52. Ai-jen Poo, «Domestic Workers Bill of Rights, A Feminist Approach for a New Economy», *The Scholar and Feminist Online*, vol. 8, n° 1, otoño de 2009, <http://sfolonline.barnard.edu>.
 53. Robinson, *The Ethics of Care*, pp. 9-10.
 54. Michelle Bachelet, «Conferencia de Michelle Bachelet en Ocasión de la Adopción de la Convención y Recomendación sobre Trabajadoras Domésticas de la OIT», *UN Women*, n° 13, junio de 2011, <http://unwomen.org>.
 55. Kontos, «European Policies in the Wake of the Globalisation of Care Work».
 56. Isaksen, Dave y Hochschild, «Global Care Crisis», p. 76.